

Alejandro Romero*

Cómo traducir y entender la expresión *être-au-monde* para leer a Merleau-Ponty

Hay un concepto fundamental en la filosofía de Maurice Merleau-Ponty, que el autor desarrolla en *Fenomenología de la percepción*. Se trata del *être-au-monde*. No voy a interpretar, sólo voy a señalar en esta breve nota los diversos sentidos que tiene la conjunción «au» (*à-le*).

En la traducción de la obra citada, editada por Editorial Península (1975) y realizada por Jem Cabanes, excelente y reconocida, el traductor propone la versión «ser-del-mundo» para dar el sentido de la expresión francesa. La propuesta es buena, y en nota a pie de página Cabanes agrega que la prefirió a otra más literaria: «ser abocado al mundo».

Primero quiero indicar que es curioso que se prefiera «ser-del-mundo» en lugar de la más habitual «ser-en-el-mundo». Esto sólo indica que el lazo entre ser y mundo no es circunstancial sino inquebrantable: necesario. La versión desechada, «ser abocado al mundo», da mejor el sentido de entrega, dedicación, destino, que también tiene la expresión francesa.

En efecto, si la maestra pregunta a sus alumnos «à qui est ce crayon» (de quién es este lápiz), la respuesta será «à Jacques, mademoiselle» o bien «à moi, mademoiselle» («De Jacobo», o bien, «mío», señorita), lo que valida literalmente la expresión «ser-del-mundo» para traducir el concepto expresado en francés. Por otra parte, «être à son travail» significa «estar abocado a su trabajo», o, en un sentido más fuerte y metafórico, pero también coloquial, «ser DE su trabajo», pertenecerle.

* Escuela de Filosofía. Universidad Central de Venezuela.

Otro tanto ocurre con el más fuerte y dramático uso que se hace de la expresión en el terreno de las relaciones de entrega afectiva, amorosa: «soy tuyo», «eres mía», que en francés se dice «à toi» y «à moi», y que no son meras metáforas sino que señalan a veces una situación existencial real. De modo que en francés la misma expresión dice ambas cosas y la expresión española, «ser-del-mundo» subraya esta PERTENENCIA.

Pero esa pertenencia es, en cierto modo, biunívoca, porque siempre el mundo al que pertenezco es también él, no sólo EN MÍ sino PARA MÍ: mío. Un 'para mí' que no implica dominio sobre él, sino la idea de que el mundo es aquello que me es brindado. Y estos dos sentidos están mejor expresados por la segunda expresión española propuesta por Cabanes.

Por último, sin embargo, hay un tercer sentido, muy común y a mi modo de ver muy importante de la expresión francesa «être à». El que se manifiesta en la expresión «être au théâtre», «être à l'université»: ESTAR EN EL teatro, ESTAR EN LA universidad (pero no —en cambio— «estar donde el médico», porque aquí la relación no es con algo impersonal sino con una persona, y entonces la expresión es «chez»: «en casa de»). Lo importante de este último sentido es que introduce en la lectura el segundo valor expresivo del verbo «être», que en francés, además de SER, es ESTAR. Y por lo mismo nos habla de un «ser-en-el-tiempo», como es el ESTAR español, provisional y transitorio, que la expresión «ser-del-mundo» no traduce con suficiente fuerza. Esta expresión —buena, lo repetimos—no puede incluir ese valor de actividad dedicada, volcada a algo, que da el término «abocado a», pero tampoco el sentido de «estar instalado en alguna parte», de estar habitando un lugar, un ambiente, con todo lo que esto tiene de transitorio y con la distancia entre habitante y habitación que también existe, y que se siente muy bien en esa expresión, más vulgar y sencilla que las anteriores, de «estar-en-el-mundo», y «ser-en-el-mundo» (la menos correcta, creo, por lo poco coloquial que es). No es que esta última traducción supere a las otras dos. De ninguna manera. Hay que acoplarla por su sentido al de las otras dos. Hay que tener presente que la expresión francesa contiene los tres sentidos literales.

Si pareamos y superponemos esos tres sentidos, obtenemos va-

riantes incorrectas desde el punto de vista literal pero, creo, conceptualmente pertinentes, que nos permiten entender mejor el sentido del concepto ontológico merleau-pontiano. Esas variantes son «ser-con-el-mundo», que señala la paridad del movimiento y del destino de ambos polos (aún si se adversan, se oponen o se contradicen) al mismo tiempo que la separación que los distingue. Señala el carácter «simbiótico» de la relación. La expresión «serle-al-mundo», que implica el concepto de aparecer en, de surgirle al mundo como un brote, un rizo, un gesto, muy presente en toda la filosofía de Merleau-Ponty y de raíz muy hegeliana, en el fondo, como muchos de los conceptos merleau-pontianos. Y por último la mucho más metafórica, trágica y cristiana «estar-condenado-al-mundo», que expresa sin embargo muy bien el afán de trascendencia con que lo habitamos y somos suyos, la poca conformidad con los límites que nos plantea e impone, el deseo «insaciable» —para hablar con los escolásticos y los freudianos— de superar esos límites y alcanzar alguna clase de liberación o absoluto a su respecto; al mismo tiempo señala —la expresión castellana— muy bien la frustración necesaria, ineludible, de semejante aspiración o deseo. La traducción «ser-del-mundo» también da ese sentido, pero más oculto.

Este último valor es el que predomina, creo yo, en el Heidegger de *Ser y Tiempo* que considera al hombre un «ser-para-la-muerte». Merleau-Ponty es, a mi modo de ver, más fenomenológico y menos teológico y teleológico cuando en cambio lo define (condenso la descripción) como un «ser/estar-del-con-en-abocado-condenado-a-el-mundo». Más fenomenológico porque lo enraiza en la actualidad y no en el futuro, como lo hace en cambio la definición heideggeriana. Lo inmediato para el hombre no es la muerte, es el mundo como horizonte y como límite, como adversario y como aliado, como fuente de satisfacción y frustración, como ambiente y como otro; familiar y ajeno, transparente y misterioso, inmediato e inalcanzable: la muerte es el límite del mundo para el hombre, y de sí para sí. Es una consecuencia y un borde, un verdadero límite del hombre, no su destino sino su término, en la muerte no hay hombre, claro está, y como la muerte está tanto antes como después del hombre y la existencia, no puede ser el hombre, que ha surgido de la muerte tanto como va hacia ella, un ser para la muerte sino para la vida,

como que de hecho está vivo. La definición heideggeriana priva de sentido la existencia porque la capta corriendo sólo desde su origen individual hasta su acabamiento individual y desconoce como sentido posible su «derramarse» transversal, su «prolongarse» en otros, en lo Otro, su ser para otros y lo Otro tanto como su ESTAR activo en el mundo «cabe sí» o «junto a sí», como diría Hegel. Quien es «del mundo» y está «abocado al mundo», es para el mundo. Y el mundo es al mismo tiempo riqueza infinita en determinaciones, actualidad pura y pura virtualidad. Un absoluto positivo, en lugar del absoluto negativo propuesto por Heidegger. Creemos además que la definición de Merleau Ponty es mucho más adecuada porque aquélla, como mostramos muy brevemente recién, presupone un concepto discutible, el de individuo. Cosa que la definición de Merleau-Ponty no permite en lo absoluto: todo lo contrario, expresa con toda claridad que el problema y la aventura existencial y gnoseológica completas están en la definición y el establecimiento de los límites que podrían producir una individualidad, y que esos límites y ese cierre sobre sí jamás son absolutos y no pueden serlo, porque del mismo momento en que lo fueran sacarían, arrancarían al hombre —a ese ser/estar— del mundo al que pertenece. Además, y esto no es menos importante, el concepto merleau-pontiano implica que el hombre no está separado del mundo y no ha caído en él viniendo de alguna otra parte y yendo hacia alguna otra parte —la muerte, dios o cualquier otro absoluto— sino que ES DEL mundo, ES MUNDO él también. Y, en efecto: los demás, hombres como yo; yo mismo en tanto pasado, en tanto ayer y ENTANTO PARA OTRO son, para mí, trozos del mundo: tienen el mismo peso de necesidad, actualidad, inmediatez, globabilidad que el «mundo» impersonal. De modo que la riqueza de sentidos de la expresión merleau-pontiana es sumamente reveladora de la naturaleza de su filosofía: resume muy bien su posición. Explicar qué quiere decir esa expresión es tanto como comprender la filosofía de su autor. No reducir a ninguno de los valores semióticos parciales el contenido y el sentido de la misma, sino desplegarlos, seguirlos hasta sus últimos límites a través de los textos de la *Fenomenología de la percepción* es la primera tarea hermenéutica que propongo a cualquiera de los lectores de la —tengo que decirlo— excepcionalmente sutil, rica, densa, rigurosa y alegre obra merleau-pontiana.